

ciones del episcopado el esplendor consiguiente al carácter social de la Iglesia y al catolicismo del mundo, cultivaba en el silencio de su retiro y de su corazón, como la flor solitaria del desierto, la sublime pobreza de Jesucristo. Mas en este punto, señores, Dios ha querido darnos en la vida de nuestro Pontífice una lección de sabiduría, que acaso no se ha llegado á comprender. El Illmo. Sr. Obispo penetró dentro de nuestros muros y pasó un tercio de su carrera entre las virtudes eminentes de su corazón y la pompa magnífica del episcopado: á medida que se afirmaba mas y mas en el conocimiento y respeto de la opinión pública, iba quitando, por decirlo así, algunas orlas doradas á la rica vestidura; y cuando mil rudos embates, mil tremendas oleadas tentaron vanamente la firmeza de aquella columna antigua, quedó en pie á la faz de toda la nación con la blancura del mármol y el brillo del capitel. ¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla vestidura de la gloria y la corona que Dios habia puesto sobre sus sienes!

Como todos sus predecesores, fué siempre el ángel del consuelo y de la esperanza: sus labios vertían por todas partes la doctrina, sus manos el pan, y su ministerio la sangre de Jesucristo en favor de la inocencia y del arrepentimiento. Sumo sacerdote, como canta la Iglesia, le vimos siempre resplandecer en todos sus atributos sublimes, mostrándose como el escogido de Dios en el dilatado curso de su pontificado, acrisolando su virtud en todas las pruebas, é interponiéndose todos los días, como una víctima de expiación, entre la justicia irritada y los pecados del mundo. *Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus et justus, et in tempore iracundiæ factus et reconciliatio.*

Considerado principalmente bajo este último carácter, ¿qué no podria decirnos, señores? Acordaos de los años eternamente memorables de 1833 y 1847, de aquellos tiempos de tinieblas y de llanto, que vinieron á anublar el bello día sobre las cúpulas de nuestros templos; de esas eras de frenesí, que parecían echar á torrentes el plomo sobre el corazón atribulado de los mejicanos católicos; de aquellos instantes funestos, en que la seducción del siglo queria tentar hasta á los predestinados, y en que la bandera del cisma, encubriendo su negrura bajo mil bellas apariencias, paseaba tremolando de ciudad en ciu-

dad y de puerto á puerto por toda la República mejicana; de aquel tremendo aunque tosco resumen del siglo XVIII en los parlamentos y en la prensa del país; de aquella incesante agitacion en que no se contaba con el siguiente día ni para la religion ni para la patria, y en que, para servirme aquí de una frase de uno de nuestros sabios, todas las Iglesias de Méjico volvían los ojos á Michoacan, como á Meaux las de Francia en tiempo de Bossuet,¹ ó á Hipona las del mundo en la era de Agustin.

Verdad es, que aun en tiempos pacíficos, terrible carga es el episcopado, pues nunca deja el pastor de hallar la mas amplia materia para su celo en el rudo y continuo ataque de los enemigos de nuestras almas; pero al fin, los trabajos parecen suavizarse bajo el inalterable concierto de las dos potestades, sin que el pastor haya menester de luchar á la diestra contra las pasiones, y á la siniestra contra la impiedad. Lo que hai de mas terrible, señores, es el debate de la Iglesia con el Estado; porque estos son los lances en que la moral del pueblo corre todos los peligros. Para estos casos principalmente queria en sus hermanos toda la fortaleza de Dios el Apóstol de las gentes. "No se trata ya de contender, decia, contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen en las tinieblas el destino de las naciones." *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.*² La triste historia de nuestros desaciertos políticos, electrizando todos los ánimos con el estrepitoso clamoreo de todas las pasiones, reservaba tambien esta gloria para el digno Pontífice que lloramos.

¿Quién recordará sin la mas viva emocion, sin abandonarse á los trasportes inefables de un entusiasmo sublime, aquella actitud imponente, noble y magestuosa con que se presentaba el Illmo. Señor Portugal cada vez que empezaba á tronar la tempestad política sobre la Iglesia mejicana? El

¹ Debo esta bella observacion á mi correspondencia epistolar con el M. R. P. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, [NÁJERA]. No se podia dar una mas feliz aplicacion en Méjico al célebre pensamiento de Maury en el panegírico de San Agustin.

² Ephes. VI, 12. Véase la Biblia de Sionet en este lugar.

celo por la gloria de Dios se hacia visible en su frente, y la santa resignacion al martirio se albergaba tranquila en su corazon. Todos le vimos llorar cuando los achaques de la naturaleza detenian sus piés y su pluma, siempre habituados á moverse para el provecho espiritual de esta dilatada grei; mas nadie le vió verter una lágrima, cuando con aquella dignidad que le era tan propia, resistia los duros embates de la persecucion anti-elesiástica. Siempre alerta para no ser sorprendido, siempre fuerte para no ser intimidado, siempre animoso para no desfallecer, le vimos admirados luchar con fe y con esperanza, y, todavía mas sorprendidos, hacer temblar con su prudencia la astucia cautelosa con que se le tentaba. Jamas comprometió el reposo público, jamas transigió con las tentativas del poder: prudentes evasivas, contestaciones sóbrias, respuestas oportunas, representaciones enérgicas, protestas decisivas: he aquí los brillantes pormenores de aquella inimitable táctica con que lleno del Espíritu Santo sostenia siempre los combates del Señor, como le aconsejaba la Escritura Santa: *Præliare Prælia Domini*.

Ya no me admiro, señores, de haber visto consagrada en el respeto de toda la nacion la persona de este ilustre Prelado: no me sorprende que su solo nombre haya valido un ejército poderoso á la Iglesia de Méjico, ni me maravilla por último, que esta carrera no interrumpida de triunfos haya levantado su firma hasta el grado de un poder social. Sí, señores: esta firma era decisiva, porque llevaba la representacion tácita de todas las luces, de todos los respetos y de todas las virtudes. La historia contará un dia cómo se desentonó la elocuencia parlamentaria para proscribirle; pero no ocultara nunca cómo el anatema de la opinion pública selló los labios del acusador, hizo caer la pluma de los dedos del magnate, y sin ofender en manera alguna los derechos del César, se opuso entre los templos y los palacios para que no fueran sacrílegamente conculcados los derechos del Dios vivo; que el problema social fué completamente resuelto en favor de la Iglesia, y el nombre de nuestro Pontífice pasó el Atlántico y volvió á Méjico cargado con todos los honores que podia merecer al Padre comun de la Iglesia universal una de las mas insignes reputaciones del mundo. El gran Pio IX, este Pontífice que por un concurso extraor-

dinario de circunstancias, únicas tal vez en los fastos de la historia moderna, llegó á reunir en su persona sagrada con las bendiciones del cielo todas las glorias que puede ofrecer la tierra, ratificó la conducta de nuestro Prelado durante la época referida de una manera tan delicada y tan sublime, que hubiera llenado de honor, no lo dudéis, á la Aguila de Meaux y al Cisne de Cambrai.¹ Preciso era que tal aconteciese, pues todavía recordamos haberle oido decir, que se cubria de vergüenza cuando leia la vida de esos grandes pontífices, y nadie ignora que Dios Nuestro Señor resiste á los soberbios y cifra su complacencia toda en exaltar á los humildes hasta la altura de los cielos.

Y qué, ¿tendré que reducirme á esto solo, cuando se trata de referir las glorias con que Dios quiso ilustrar el nombre de nuestro último Prelado? Voi á publicar desde esta cátedra, para la gloria de Dios, honor y prez eterno de nuestra santa Iglesia Michoacana, lo que no saben todos, y todos deben saber. El Señor Portugal estaba predestinado en el pecho de Pio IX para ser el primer Cardenal de las Américas españolas, y no sé si diga tambien del Nuevo-Mundo.²

¡Qué perspectiva, señores, de felicidad y de gloria para esta santa Iglesia de Michoacan! Tres siglos han pasado desde que Méjico es catolica, desde que el Nuevo-Mundo todo se ha incorporado en el reino de Jesucristo; y durante estos tres siglos, ¡qué de triunfos para la religion! ¡qué de glorias para la Iglesia! ¡Cuántos sabios de primer orden! ¡Cuántos obispos que hubieran honrado con su presencia la primera corte del mundo! ¡Cuántos nombres consagrados en el culto de las letras, legados á la historia del espíritu humano por el esplendor siempre vivo del genio, de la sabiduría y de la virtud! Las Casas, Zumárragas, Quirogas, Granados, Palafores, San Fermin, Alcaldes, Cabañas, Portillos, Maneiros, Alegres, Abades, vosotros pertenecéis á esta noble y digna categoría que ha fijado las miradas de Roma sobre los Belarminos, Baronios, Cisneros, La Lucerne, Gerdiles y tantos otros: mas vosotros pasásteis de la gloria de las virtudes y de las letras á la gloria inmortal de la reli-

¹ Véase la nota E, al fin.

² Véase la nota A, al fin.

gion, sin haber oído sonar aun la hora en que la púrpura romana pasara el Atlántico, para venir á honrar las naciones del Nuevo-Mundo. ¡Qué sensacion, señores, aquella que nos advirtió del gozo, de la sorpresa, de la admiracion que experimentaron nuestras almas desde el instante mismo en que recibimos al oído por la via reservada esta grave noticia! ¡Qué agitacion la nuestra en la impaciente expectativa de su confirmacion! ¡qué de pensamientos bellos, y cuántas conjeturas! ¡Las ideas de la religion venian á confirmarnos á cada paso mas y mas en esta grata esperanza, y la imaginacion que siempre se anticipa, la imaginacion que ni teme ni calcula, la imaginacion que sueña en la realidad mientras forma sus bellas ilusiones, pareció adunarse con la sensibilidad para no vacilar ni un instante. Nosotros ibamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoracion de nuestro Pontífice, y Michoacan entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mejicano.

¡O santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigne gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus átrios augustos, y el venerable nombre de tu Esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del Cónclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustre nacion al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparian á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso; y sus pensamientos cada vez mas fecundos, y sus deseos nunca satisfechos, y su imaginacion siempre encantada, qué sé yo hasta dónde hubiera hecho correr en su prevision por el indefinido sendero del porvenir esta imagen seductora de felicidad en la gloria de tan esclarecido Pontífice! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Señor Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la

gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesia. Hoi tal vez..... en estos mismos instantes..... en medio de esta misma concurrencia..... dentro de estos muros sagrados.....

¡A dónde voi, señores? ¡Quién explicará estos misterios de la imaginacion? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con primorosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor..... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imagen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, mientras nuestro pensamiento corria con afán: pronunciaste el tremendo *hasta aquí*; y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!..... ¡Ah, señores! Es preciso desengañarse, fuerza es no seducirse: todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé decirlos qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la aurora primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestos estragos; que te apasionaste de la verdad santa, cuando la voz de una filosofía

corruptora no habia venido aun á tentar tu reposado genio é incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que profundamente penetrado del carácter de la sabiduría, levantas-te dos tabernáculos en tu espíritu para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en la primera de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprensible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! ¡Dichoso tú, modelo de los sabios, que recogiendo en tu alma todas las glorias, recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico, al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseias podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de

vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice, que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante mientras respiremos, y al amado Pastor que acabamos de perder, el eterno descanso, reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.

